

»nes gratas y sintáis verdadero amor por Jesucristo, »consideráos felices, pues habréis encontrado el paraíso en este mundo.»

Importunado por esta sencillez, carácter de la fuerza, y furioso al verse vencido por aquel libro, lo cerró; pero encontró este consejo grabado en letras de oro en el tafilete verde de la cubierta:

¡NO BUSQUÉIS MÁS QUE LO QUE ES ETERNO!

—Y ¿lo han encontrado aquí? se preguntó.

Pensando en que la señora de la Chanterie tenía que leer un capítulo aquella misma noche, dejó su habitación para ir á buscar un hermoso ejemplar de la IMITACIÓN DE JESUCRISTO, bajó las escaleras y llegó á la calle. Permaneció algunos instantes á dos pasos de la puerta, indeciso sobre el camino que iba á tomar, preguntándose á qué sitio ó á qué librería iría á comprar el libro, cuando oyó el torpe ruido de la maciza puerta cochera que se cerraba.

Dos hombres salían de la posada de la Chanterie, pues el que se haya fijado bien en el carácter de esta antigua casa habrá reconocido en ella el que distingue á las antiguas posadas. Manón, al ir avisar á Godofredo por la mañana, le había preguntado, indudablemente en broma, cómo había pasado la noche en la posada de la Chanterie. Sin ninguna idea de espionaje, Godofredo siguió á los dos hombres, que lo tomaron por un transeunte, y que en aquellas calles desiertas hablaron en voz bastante alta para que él pudiese oír su conversación.

Los dos desconocidos tomaban por la calle de Massillon, para ir á Notre-Dame y atravesar el Parvis.

—Ya ves, amigo mío, que no es tan difícil sacarles el dinero... Todo está en darles siempre la razón.

—Pero nosotros estamos debiendo.

—¿A quién?

—A esa señora.

—Si yo supiera que ese viejo esqueleto de mujer se atrevía á perseguirme, le...

—Le... pagarías.

—Tienes razón, porque pagándole, podré sacarle después más de lo que le saco hoy.

—¿No sería mejor seguir sus consejos y llegar á tener un buen establecimiento?

—¡Bah!

—Puesto que nos promete quien nos preste el dinero...

—Sí, pero sería preciso dejar la vida...

—La vida me aburre; estar siempre en las viñas no es vida de hombre.

—Sí, pero el abate no quiso dejar el otro día al tío Marin, y se lo negó todo.

—¡Ah! el tío Marin quería hacer trampas que sólo pueden salir bien á los millonarios.

En este momento estos dos hombres, cuyo traje parecía indicar que eran capataces de algún taller, volvieron bruscamente sobre sus pasos para trasladarse al barrio de la plaza Maubert por el puente del Hotel-Dieu; Godofredo se separó; pero al verse seguidos de tan cerca por él, ambos cambiaron una mirada de desconfianza y su rostro expresó el pesar que sentían por haber hablado.

Godofredo estaba tanto más interesado en aquella conversación, por cuanto que recordaba la escena del abate Veze y del obrero el día de su primera visita.

Meditando sobre aquella cuestión llegó hasta la tienda de un librero de la calle de Saint-Jacques, y volvió con un magnífico ejemplar de la mejor edición que se ha hecho en Francia de la IMITACIÓN DE JESUCRISTO. Al volver con paso lento para encontrarse á la hora exacta de la comida, recordaba las sensaciones que había experimentado aquella mañana y sentía una especie de tranquilidad de alma. Era presa de una profunda curiosidad; pero esta curiosidad era menos

intensa que el deseo inexplicable que le inclinaba hacia la señora de la Chanterie, sintiendo un violento afán por adherirse á ella, sacrificarse por ella, agradarle y merecer sus elogios; en una palabra, que estaba atacado de amor platónico, presentía inauditas grandezas en aquella alma y quería conocerla por completo. Estaba impaciente por penetrar la existencia secreta de aquellos católicos puros. En fin, en aquella pequeña reunión de fieles, la majestad de la religión practicada se acordaba tan bien con lo que la mujer francesa tiene de majestuosa, que resolvió hacer todos los posibles para agregarse á ella. Estos sentimientos hubiesen desaparecido bien pronto del corazón de un parisiense ocupado; pero, como sabemos ya, Godofredo estaba en la situación de los naufragos que se agarran á las más débiles ramas creyéndolas sólidas, y su alma estaba abonada y dispuesta á recibir toda simiente.

Encontró á los cuatro amigos en el salón, y entregó el libro á la señora de la Chanterie, diciéndole:

—No he querido que estuviese usted privada de él esta noche.

—Quiera Dios, respondió la dama mirando el volumen, que sea este su último exceso de elegancia.

Al ver las ropas de aquellas cuatro personas reducidas á una estricta limpieza y á lo exclusivamente útil, al ver aquel sistema aplicado rigurosamente á los menores detalles de la casa, Godofredo comprendió el valor de aquel reproche tan graciosamente expresado.

—Señora, dijo al fin, las gentes á quienes usted ha favorecido son unos monstruos; sin quererlo he oído la conversación que mantenían al salir de aquí, y créame que reinaba en ella la más negra ingratitud.

—Eran los dos cerrajeros de la calle Monffetard, dijo la señora de la Chanterie á don Nicolás. Eso es cosa de usted.

—Muchas veces el juez logra escaparse antes de ser cogido, respondió sonriéndose el señor Alain.

La perfecta insensibilidad de la señora de la Chanterie al saber la ingratitud inmediata de aquellos hombres á quienes sin duda había dado dinero, sorprendió á Godofredo, que se puso pensativo.

La comida fué animada por el señor Alain y por el antiguo consejero, pero el militar permaneció grave, triste y frío; llevaba en su rostro la imborrable huella de un pesar amargo, de un dolor eterno. La señora de la Chanterie tenía atenciones iguales para todos. Godofredo comprendió que le observaba aquella gente, cuya prudencia igualaba á su piedad; su vanidad le obligó á imitar su reserva y midió mucho sus palabras.

Este primer día debía ser mucho más animado que los siguientes. Godofredo, que se vió fuera de todas las conferencias serias, estuvo obligado, durante algunas horas de la mañana y de la tarde, en que estaba solo en su habitación, á abrir la *IMITACIÓN DE JESUCRISTO*, acabando por estudiar este libro como se estudia un libro cuando no se posee más que uno y cuando se le ha tomado el gusto. Ocurre entonces con el libro como con una mujer cuando se está con ella en la soledad: del mismo modo que es preciso adorar ú odiar á la mujer; así también es necesario penetrarse del espíritu del autor, ó abandonar la obra sin haber leído diez líneas.

Pero es imposible que deje de interesar á nadie la *Imitación*, que es al dogma lo que la acción al pensamiento. El catolicismo vibra en ella, se mueve, se agita y lucha cuerpo á cuerpo con la vida humana. Este libro es un amigo seguro. Habla á todas las pasiones y á todas las dificultades, hasta á las mundanas; resuelve todas las objeciones y es más elocuente que todos los predicadores, porque su voz es la vuestra, se eleva en vuestro corazón y penetra por el alma. Es, en una palabra, el Evangelio traducido,

apropiado á todos los tiempos y superpuesto á todas las situaciones. Es raro que la Iglesia no haya canonicado á Gersón, pues es evidente que el Espíritu Santo animaba su pluma.

Para Godofredo, además del libro, la posada de la Chanterie encerraba una mujer; se enamoraba cada día más de ella; descubría en ella flores sumergidas bajo la nieve de los inviernos; entreveía las delicias de aquella amistad santa que la religión permite, á la que los ángeles sonríen, que unía á aquellas cinco personas, y contra la cual nada malo puede prevalecer. Existe un sentimiento superior á todos los demás, un amor de alma á alma que se parece á esas flores raras nacidas en los más elevados picos de la tierra, del que sólo ofrece ejemplos la humanidad de siglo en siglo, que une á veces á dos amantes, y que da razón de esas fieles adhesiones inexplicables por las leyes ordinarias del mundo. Se unen y confunden de tal modo con él las naturalezas morales, que no existen en ese cariño ni esperanzas perdidas, ni discordias, ni vanidad, ni luchas, y ni siquiera contrastes. Este sentimiento inmenso, infinito, nace de la caridad católica, y Godofredo entreveía sus delicias. Había momentos en que no podía dar fe al espectáculo que tenía ante sus ojos, y buscaba las razones de la amistad sublime de aquellas cinco personas, asombrado de encontrar verdaderos católicos, cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia en el París de 1835.

Ocho días después de su entrada en aquella casa, Godofredo había sido testigo de tal concurso de gentes, había sorprendido fragmentos de conversación en que se trataba de cosas tan graves, que entrevió una prodigiosa actividad en la vida de aquellas cinco personas. Se apercibió de que todas ellas dormían seis horas á lo sumo.

Cuando llegaba el segundo almuerzo, todos ellos habían hecho ya, por decirlo así, una primera jornada. Gentes desconocidas traían y llevaban sumas,

á veces importantes. El muchacho que estaba de ayudante de caja en casa de Mongenod iba muchas veces, siempre muy temprano, á fin de que el servicio que tenía que prestar durante el día no fuese interrumpido con estos recados.

El señor Mongenod mismo fué una noche, y Godofredo observó en él, para con el señor Alain, indicios de una familiaridad filial y de un profundo respeto que le demostraba tanto á él como á los otros huéspedes.

Aquella noche, el banquero no hizo á Godofredo más que preguntas sin importancia: Si se encontraba bien allí, si pensaba permanecer, etc., aconsejándole que persistiese en su resolución.

—No me falta más que una cosa para ser feliz, dijo Godofredo.

—Y ¿qué es ello? preguntó el banquero.

—Una ocupación.

—¡Una ocupación! repuso el abate Veze. ¿Ha cambiado usted de opinión? había venido usted á nuestro claustro á buscar reposo...

—El reposo, sin la oración que vivificaba los monasterios, sin la meditación que poblaba las tebaidas, se convierte en una enfermedad, dijo sentenciosamente don José.

—Aprenda usted la teneduría de libros, dijo sonriéndose el señor Mongenod, y dentro de algunos meses podrá usted ser muy útil á mis amigos.

—¡Oh! con mucho gusto, exclamó Godofredo.

Al día siguiente era domingo y la señora de la Chanterie exigió á su huésped que le diese el brazo para ir á misa mayor.

—Es la única cosa en que pienso violentarle á usted, le dijo la señora de la Chanterie. Muchas veces, durante esta semana, he querido hablarle á usted de su salvación; pero me parece que aun no ha llegado el momento. Si participase usted de nuestras creencias estaría muy ocupado, porque participaría también de nuestros trabajos.

En la misa, Godofredo observó el fervor de don Nicolás, de don José y del señor Alain; pero como había podido convencerse ya, durante aquellos pocos días, de la superioridad, de la perspicacia, de la extensión de los conocimientos y del gran talento de aquellos señores, pensó que, cuando se humillaban de aquel modo, la religión católica debía tener secretos que habían pasado desapercibidos para él hasta entonces.

—Después de todo, se dijo, es la religión de los Bossuet, de los Pascales, de los Racines, de los San Luis, de los Luis XIV, de los Rafaeles, de los Miguel Angel, de los Jimenez; de los Bayardos, de los Du Guesclin, y yo, raquíto y torpe, no sabría igualarme á esas inteligencias, á esos hombres de Estado, á esos poetas, á esos capitanes.

Si no debiese resultar una profunda enseñanza de estos insignificantes detalles, no merecería la pena ocuparse de ellos; pero son indispensables para el interés de esta historia, en la que el público actual creará ya difícilmente, y que empieza con un hecho casi ridículo: el imperio que tomaba una mujer de sesenta años sobre un hombre joven desengañado de todo.

—No ha rezado usted por nadie, ni siquiera por el descanso del alma de su madre, dijo la señora de la Chanterie á Godofredo en la puerta de Notre-Dame.

Godofredo se puso encarnado y guardó silencio.

—Hágame usted el favor, le dijo después, de subir á su habitación y de no bajar hasta dentro de una hora. Si me ama usted, añadió, medite sobre el primer capítulo del tercer libro de la *IMITACIÓN*, titulado: *De la Conservación interior*.

Godofredo saludó con frialdad y subió á su habitación.

—¡Que el demonio los lleve á todos! se dijo entregándose á una seria cólera. ¿Qué diablo quieren de mí aquí? ¿Qué tráfico es este?... ¡Bah! todas las mu-

jes, hasta las devotas, usan de las mismas mañas; y cuando la señora, dijo llamando á su patrona por el nombre que le daban todos, no quiere que yo esté presente, es porque algo se trama contra mí.

Llevado de este pensamiento quiso mirar desde su ventana al salón, pero la disposición de los lugares no le permitió ver nada. Bajó un piso y volvió á subir en seguida á su habitación, pues pensó que, dada la rigidez de los principios de los habitantes de aquella casa, un acto de espionaje contribuiría á que lo despidiesen inmediatamente. Perder la estimación de aquellas cinco personas, le pareció tan grave como deshonorarse públicamente. Esperó unos tres cuartos de hora y resolvió sorprender á la señora de la Chanterie anticipando la hora indicada. Resolvió justificarse por medio de una mentira, diciendo que su reloj andaba mal y adelantándolo veinte minutos. Después bajó sin hacer ruido, llegó hasta la puerta del salón y la abrió bruscamente.

Vió entonces á un hombre bastante célebre, joven aun, á un poeta á quien había encontrado muchas veces en sociedad, á Víctor de Vernisset, con una rodilla en tierra, delante de la señora de la Chanterie y besándole la falda. El cielo cayendo en mil pedazos, cual si fuese de cristal, como creían los antiguos, no hubiese sorprendido tanto á Godofredo como aquel espectáculo. Acudieron á su mente los más terribles pensamientos, y tuvo una reacción más terrible aun cuando, al primer sarcasmo que se le ocurrió y que iba á pronunciar, vió en un rincón del salón al señor Alain contando billetes de mil francos.

En un momento, Vernisset se levantó y el buen Alain quedó sobrecogido. La señora de la Chanterie dirigió á Godofredo una mirada que le petrificó, pues la doble expresión del rostro de su huésped no se le había escapado.

—Este caballero, dijo la dama al joven poeta señalando á Godofredo, es de los nuestros.

—Querido mío, es usted muy feliz y puede considerarse salvado, le dijo Vernisset. Pero señora, aun cuando me hubiera visto todo París, no por eso dejaría de considerarme feliz, pues nada es bastante para pagarle á usted lo que le debo... Soy un deudor suyo para siempre y pertenezco á usted en cuerpo y alma. Mándeme usted cuanto quiera, que estoy dispuesto á obedecer. Mi reconocimiento será eterno y sin límites. Le debo á usted la vida y puede usted disponer siempre de ella...

—Vamos joven, dijo el buen Alain, sea usted juicioso, y sobre todo procure no atacar á la religión en sus obras. En fin, ¡acuérdesse usted de su deuda!

Y le tendió un paquete que contenía los billetes de banco que acababa de contar. Víctor de Vernisset, con los ojos arrasados de lágrimas besó respetuosamente la mano de la señora de la Chanterie, y partió después de haber dado un apretón de manos al señor Alain y á Godofredo.

—Ha cometido usted una falta capital no obedeciendo á la señora, dijo solemnemente el señor Alain, cuyo rostro se cubrió de una nube de tristeza como hasta entonces no le había visto Godofredo. Otra más, y será bastante para que nos separemos... Sería muy duro para nosotros, después de haber creído á usted digno de nuestra confianza...

—Mi querido Alain, dijo la señora de la Chanterie, tenga usted por mí la bondad de no hablar más de esa falta. Es preciso no pedir demasiado á un recién llegado que no ha sufrido grandes desgracias, que no tiene religión, cuya vocación consiste en una excesiva curiosidad, y que no cree aún en nosotros.

—Perdóneme usted, señora, respondió Godofredo; desde este momento quiero ser digno de ustedes y me someto á todas las pruebas que juzguen necesarias para iniciarme en el secreto de sus ocupaciones, y si el señor abate Veze quiere tomarse el trabajo de instruirme, yo le entregaré mi alma y mi razón.

Estas palabras pusieron tan contenta á la señora de la Chanterie, que sus mejillas se cubrieron de un ligero carmín; después cogió la mano de Godofredo, se la estrechó y le dijo con una extraña emoción:

—Está bien.

Por la noche, después de la comida, Godofredo vió llegar á un vicario general de la diócesis de París, dos canónigos, dos antiguos alcaldes de París y una dama de la caridad. No se jugó á nada, y la conversación general fué alegre sin ser fútil.

Una visita que sorprendió mucho á Godofredo fué la de la condesa de Cinq-Cygne, una de las más puras aristócratas, cuyo salón era inabordable para la burguesía y para los advenedizos. La presencia de aquella gran dama en el salón de la señora de la Chanterie era ya extraordinaria; pero la manera que aquellas mujeres tuvieron de saludarse y de tratarse fué cosa inexplicable para Godofredo, pues demostraba una intimidad y relaciones constantes que daban un inmenso valor á la señora de la Chanterie. La señora de Cinq-Cygne estuvo amable y afectuosa con los cuatro amigos de su amiga, tratando con cierto respeto á don Nicolás. Se ve que la vanidad social dominaba aún á Godofredo, el cual, aunque hasta entonces había estado bastante indeciso, resolvió prestarse, con ó sin convicción, á todo lo que la señora de la Chanterie y sus amigos exigiesen de él para llegar á hacer que le afiliasen en su orden ó que le iniciasen en sus secretos, prometiéndose no tomar hasta entonces partido alguno.

Al día siguiente fué á casa del tenedor de libros que le indicó la señora de la Chanterie, convino con él las horas en que trabajarían juntos, y tuvo así empleadas todas las horas del día, pues el abate Veze le catequizaba por la mañana, iba dos horas diarias á casa del tenedor de libros, y hacía entre el almuerzo y la comida los problemas y escrituras comerciales imaginarios que el maestro le hacía llevar.



nos bastábamos, necesitábamos un tenedor de libros.

Mientras hablaba así estudiaba el rostro de Godofredo, que no sabía qué pensar de aquella extraña confidencia; pero como recordaba la escena ocurrida en casa de Mongenod, permanecía aún entre la duda y la creencia.

—¡Ah! qué feliz sería usted, añadió la dama.

Godofredo quedó de tal modo devorado por la curiosidad, que desde aquel momento resolvió atacar la discreción de los cuatro amigos interrogándolos. Pero de todos los comensales de la señora de la Chanterie, el que más afecto mostraba á Godofredo y el que parecía también inspirar más simpatías á todo el mundo era el bueno, el alegre y el sencillo señor Alain. ¿Por qué vías había conducido la Providencia á aquel sér tan cándido á aquel monasterio sin claustro, cuyos religiosos obraban bajo el imperio de una regla observada, en medio de París, con toda libertad, como si hubiesen tenido el superior más severo? ¿Qué drama, qué acontecimiento le había movido á abandonar su camino en el mundo, para tomar aquel sendero en medio de las desdichas de una capital?

Una noche, Godofredo quiso hacer una visita á su vecino, con intención de satisfacer una curiosidad más aguijoneada por la imposibilidad de toda catástrofe en aquella existencia, de lo que lo hubiese estado por la espera del relato de algún terrible episodio de la vida de un corsario. A las palabras «Entre usted», pronunciadas como respuesta á dos golpecitos dados discretamente, Godofredo dió vuelta á la llave, que permanecía siempre en la cerradura, y encontró al señor Alain sentado en un rincón al fuego, leyendo, antes de acostarse, un capítulo de la *Imitación de Jesucristo*, á la luz de dos bujías provistas de sendas pantallas verdes y semejantes á las que acostumbran á usar los jugadores de tresillo.

El buen hombre llevaba un pantalón largo, su bata de cura de moletón gris, y tenía sus pies á la altura

del fuego, sobre un cojín de tela de punto hecho, lo mismo que sus zapatillas, por la señora de la Chanterie. Aquella hermosa cabeza de anciano, sin más adorno que una corona de cabellos blancos, casi semejante á la de un anciano monje, se destacaba sobre el fondo obscuro de la cubierta del inmenso sofá.

El señor Alain colocó con calma sobre una mesita su libro muy usado, y señaló con la otra mano al joven el otro sofá, quitándose los lentes sujetos á la punta de su nariz.

—¿Le ocurre á usted algo para salir á estas horas de su habitación? preguntó á Godofredo.

—Querido señor Alain, respondió francamente Godofredo, estoy atormentado por una curiosidad, que usted con una palabra puede decir si es inocente ó discreta, y si puede ó no ser satisfecha.

—¡Oh! ¿qué es ello? dijo mirando al joven con aire casi malicioso.

—¿Cuál es el motivo que ha inducido á ustedes á llevar la vida que llevan aquí? Porque para abrazar la doctrina que implica la renuncia á todo interés, es preciso estar muy aburrido del mundo, haber herido á alguien ó haber sido herido.

—Pues qué, hijo mío, ¿no es posible sentirse movido á profunda piedad ante el espectáculo de las miserias que París encierra en sus muros? dijo el anciano dejando ver en sus labios una de esas sonrisas que hacían de su roja boca una de las más afectuosas con que jamás pudiera soñar el genio de un pintor. ¿Necesitó San Vicente de Paul el aguijón de los remordimientos ó de la vanidad herida para dedicarse á los niños abandonados?

—Esto cierra tanto más mi boca, por cuanto que si alguna vez algún alma se ha parecido á la de aquel héroe cristiano, es seguramente la de usted, respondió Godofredo.

A pesar de la dureza que la edad había impreso á la piel de su rostro, casi amarillo y arrugado, el an-

ciano se puso excesivamente encarnado, pues parecía que había provocado aquel elogio, cuando su reconocida modestia hacía creer que ni siquiera había pensado en él. Godofredo sabía perfectamente que los comensales de la señora de la Chanterie no gustaban de adulaciones. No obstante, era tanta la excesiva sencillez del buen Alain, que aquel escrúpulo le causó más rubor del que pudiera causar á una joven la concepción de un mal pensamiento.

—Si estoy aún muy lejos de él en la parte moral, repuso el señor Alain, estoy muy seguro de parecerme á él en lo físico.

Godofredo quiso hablar, pero se lo impidió con un gesto el anciano, cuya nariz tenía, en efecto, la apariencia tuberculosa de la del santo, y cuya cara, parecida á la de un viejo vendimiador, era el verdadero retrato del rostro del fundador de los niños abandonados.

—Respecto á mí, no va usted equivocado, dijo, continuando: Mi vocación fué determinada por un sentimiento de arrepentimiento, originado de una aventura.

—¡Usted! ¡una aventura! exclamó en voz baja Godofredo, á quien estas palabras hicieron olvidar lo que quería responder antes al anciano.

—¡Oh! ¡Dios mío! lo que voy á contarle á usted le parecerá acaso una bagatela, una tontería; pero ante el tribunal de la conciencia, la cosa cambia. Si persiste usted en su deseo de participar de nuestras obras después de haberme escuchado, comprenderá usted que los sentimientos son proporcionales á la fuerza de las almas, y que el hecho que no atormenta á un espíritu fuerte, puede muy bien turbar la conciencia de un débil cristiano.

Después de esta especie de prefacio, sería imposible expresar el grado de curiosidad á que llegó el neófito. ¿Cuál podía ser el crimen de aquel hombre, á quien la señora de la Chanterie llamaba su *cordero*

*pascual*? Aquello era tan interesante como un libro que se titulase *Los crímenes de un carnero*. ¿Son acaso feroces los carneros con las flores y con las yerbas? Si se diese fe á uno de los más sosegados republicanos de aquel tiempo, resulta que el mejor de los seres es siempre cruel con alguien. ¡Pero el pobro Alain! ¡él que, semejante al tío Tobías de Sterne, no era capaz de aplastar una mosca después de haber sido picado por ella veinte veces! ¡aquella hermosa alma había estado atormentada por el arrepentimiento!

Esta reflexión representa poco más ó menos la pausa que hizo el anciano después de estas palabras: «Escuche usted», y durante las cuales colocó su cojín debajo de los pies de Godofredo para que éste participase de él.

—Tenía entonces poco más de treinta años, empezó diciendo. Si no recuerdo mal, estábamos en el 98, época en que los jóvenes tenían que tener la experiencia de los viejos de sesenta años. Una mañana, un poco antes de almorzar, á las nueve, mi anciana criada me anunció á uno de los pocos amigos que había conservado en medio de las tempestades de la Revolución. Mis primeras palabras fueron para invitarle á almorzar. Mi amigo, que se llamaba Mongenod y que era un muchacho de unos veintiocho años, aceptó, pero con aire azorado; no lo había visto desde 1793.

—¿Mongenod?... exclamó Godofredo, el...

—Si quiere usted saber el fin antes del principio, ¿cómo voy á contarle á usted mi historia? repuso el anciano sonriéndose.

Godofredo hizo un movimiento por el cual prometía guardar un silencio absoluto.

—Cuando Mongenod se sentó, continuó el buen hombre, observé que sus zapatos estaban horriblemente usados. Sus medias habían sido lavadas tantas veces, que costaba trabajo creer si eran de seda. Su pantalón de casimir color de albaricoque estaba tam-

bién muy viejo, anunciaba un largo uso, confirmado por cambios de color en ciertos sitios, y las hebillas, en lugar de ser de acero, eran de hierro común; las de los zapatos eran del mismo metal. Su chaleco blanco con flores se había puesto amarillo á fuerza de uso, lo mismo que su camisa, cuya pechera deshilachada anunciaba una miseria horrible, pero decente. Finalmente, el aspecto de su hopalanda (se llamaba así á una levita provista de una sola esclavina y semejante á la capa á lo Crispín) acabó de convencerme de que mi amigo había caído en la desgracia. Esta hopalanda, de paño de color avellana, excesivamente raída y admirablemente cepillada, tenía en el cuello una capa de mugre y sus botones de metal blanco se habían puesto amarillos. En una palabra, todas aquellas viejas prendas estaban en un estado tan vergonzoso, que no me atrevía á mirarlas más. El clac, una especie de círculo de fieltro que se llevaba entonces debajo del brazo, en lugar de llevarlo en la cabeza, debía haber conocido varios gobiernos. Sin embargo, mi amigo acababa sin duda de gastar algunos cuartos en casa de algún barbero, pues venía afeitado. Sus cabellos, recogidos detrás, sujetos con una peineta y empolvados con lujo, olían á pomada. Ví en su pantalón dos cadenas paralelas de acero oxidado, aunque sin apariencia alguna de reloj en los bolsillos. Estábamos en invierno y Mongenod no llevaba capa, pues algunas gotas de nieve fundida caídas de los tejados, bajo los cuales debía de haber andado, salpicaban la esclavina de su hopalanda. Cuando se quitó sus guantes de piel de conejo y pude ver su mano derecha, reconocí en ella las huellas de un trabajo penoso. Su padre, abogado del gran Consejo, le había dejado una fortuna de cinco ó seis mil francos de renta. Comprendí en seguida que Mongenod venía á pedirme prestado. Yo tenía en un rincón doscientos luises en oro, suma enorme en aquel tiempo, pues equivalía á no sé cuántos miles de francos en papel.

Mongenod y yo habíamos estudiado en el mismo colegio, en el de los Grassins, y nos habíamos encontrado practicando en casa del mismo procurador, de un buen hombre llamado Bordin. Cuando se ha pasado la juventud y se han hecho las locuras de la adolescencia con un compañero, existen entre nosotros y él simpatías casi sagradas; su voz, sus miradas, mueven en nuestro corazón ciertas cuerdas que sólo vibran bajo el imperio de los recuerdos que él anima. Aun cuando se tengan motivos de queja de un amigo así, no por eso quedan proscritos todos los derechos de la amistad. Entre nosotros no había habido nunca la menor riña. A la muerte de su padre, ocurrida en 1787, Mongenod pasó á ser más rico que yo, y aunque nunca le pedí nada, le debía el goce de esos placeres que el rigor paternal me prohibía. Sin mi generoso amigo, no hubiera visto la primera representación del *Casamiento de Figaro*. Mongenod era entonces lo que se llamaba un arrogante caballero: era muy galante, su bolsa se abría fácilmente, le hubiera servido de testigo á cualquiera después de haberle visto dos veces, y yo le reproché más de una vez su excesiva facilidad para trabar amistades y hacer favores... ¡Dios mío! ¡me obliga usted á recorrer de nuevo los senderos de mi juventud! exclamó el honrado Alain dirigiendo á Godofredo una alegre sonrisa y haciendo una pausa.

—¿Me tiene usted rencor por ello? dijo Godofredo.

—¡Oh! no, y por la minuciosidad de mi relato puede usted comprender la gran importancia que este acontecimiento tuvo en mi vida... Mongenod, dotado de un corazón excelente y hombre de valor un poco volteriano, se dispuso á hacer el hidalgo, repuso el señor Alain; su instrucción en los Grassins, donde se instruyeron muchos nobles, y sus buenas relaciones le habían dotado de esa educación elevada propia de las gentes de condición, que entonces se llamaban aristócratas. Comprenderá usted ahora cuán grande

sería mi sorpresa al ver en Mongenod los síntomas de la miseria que degradaba para mí al joven y elegante Mongenod de 1787, cuando mis ojos dejaron su rostro para examinar sus vestidos. Sin embargo, como en aquella época de miseria pública había gentes astutas que se disfrazaban con un exterior miserable, y como había muchas razones que apoyaban el disimulo, esperé una explicación, al par que la solicitaba. — ¡Vaya una indumentaria que me traes, mi querido Mongenod! le dije aceptando una toma de tabaco que me ofreció en una tabaquera de similor. — Muy triste, me respondió, no me queda más que un amigo... y ese amigo eres tú. He hecho todos los posibles para evitar este paso, pero me veo obligado á venir á pedirte cien luises. La suma es grande, dijo al ver mi asombro, pero si no me dices más que cincuenta, me vería en la imposibilidad de devolvértelos; mientras que si sale fallido el negocio que voy á emprender, me quedarán aún cincuenta luises para buscar fortuna por otros medios, y no sé aún lo que me inspirará la desesperación. — Y ¿no tienes nada? le pregunté. — Tengo, repuso conteniendo una lágrima, veinticinco céntimos, restos de mi última moneda. Para presentarme en tu casa he ido á limpiarme las botas y entré además en una peluquería. Tengo lo que llevo. Pero debo mil escudos á mi patrona, y mi bodegonero se negó ayer á fiarme más. Estoy, pues, sin ningún recurso. — Y ¿qué piensas hacer? le dije yo empezando á inmiscuirme en su fuero interno. — Si tú me niegas lo que te pido, pienso venderme como soldado. — ¡Tú, Mongenod, soldado! — Sí, buscaré la muerte, ó llegaré á ser el general Mongenod. — Pues bien, le dije muy emocionado, almuerza con toda tranquilidad, que yo tengo los cien luises. Una vez dicho esto, dijo el buen Alain mirando á Godofredo con aire astuto, creí necesario decir una pequeña mentira de prestamista. — Es todo lo que poseo en el mundo, le dije á Mongenod. Esperaba el momento

en que los fondos públicos estuviesen al precio más bajo posible para colocar este dinero; pero lo pondré en tus manos y tú me considerarás como tu asociado, dejando yo á tu conciencia el cuidado de devolverme lo que me corresponda en su tiempo y lugar. La conciencia de un hombre honrado, le dije, es el mejor libro de cuentas. Mongenod me miraba fijamente mientras yo hablaba, y parecía que quería incrustar mis palabras en su corazón. Me tendió su mano derecha, le dí yo mi mano izquierda y nos dimos un apretón, yo muy enternecido y él sin poder contener ya dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas un tanto marchitas. La vista de aquellas dos lágrimas llenó mi corazón de dolor, y quedé aún más conmovido cuando, olvidándolo todo en aquel momento, Mongenod sacó para enjugarse un mal pañuelo de las Indias todo roto. — Espera un poco, le dije marchándome para ir á mi escondite con el corazón tan conmovido como si una mujer me hubiese confesado que me amaba. Volví con dos rollos de cincuenta luises cada uno. — Toma, cuéntalos... No quiso contarlos y miró en torno suyo para ver si veía algún escritorio, con objeto de darme, según dijo, un recibo. Yo me negué terminantemente á tomar papel alguno. — Si yo me muriese, le dije, mis herederos te atormentarían. Esto debe quedar entre nosotros. Al encontrar en mí un amigo tan bueno, Mongenod abandonó el aire de tristeza y de abatimiento que tenía al entrar, y se puso alegre. Mi criada nos sirvió ostras, vino blanco, una tortilla, unos riñones salteados y un resto de pastel de Chartres que mi anciana madre me había enviado, y después el postre, el café y los licores. Mongenod, que ayunaba hacía ya dos días, restauró sus fuerzas. Hablando de nuestra vida anterior á la Revolución, permanecimos de sobremesa hasta las tres como los mejores amigos del mundo. Mongenod me contó el cómo había perdido su fortuna. En primer lugar, la reducción de las rentas del municipio le